

# Tomarle el gusto a la música indígena

## Entrevista con Thomas Stanford

Alma Olguín Vázquez\*

Descendiente de una familia estadounidense de abolengo, Thomas Stanford decidió cambiar un cómodo y prometedor futuro por un modesto pero apasionante destino: “Creo que si me hubiera criado entre los varones de mi familia sería yo otra persona. Tendría el carácter de un cacique y sería un racista, como lo fueron mi abuela y mi madre”, comenta el etnomusicólogo, quien llegó a nuestro país hace más de medio siglo, donde ha visitado 20 estados y unas 700 comunidades indígenas, de las cuales ha registrado más de cinco mil grabaciones de campo.

Su abuelo y su padre fallecieron cuando él era muy pequeño y quedaron su abuela, su madre, su hermana y, cómo única figura masculina, su tío abuelo, fundador de la afamada Universidad de Stanford. “Sin modelos masculinos, me convertí en una persona muy insegura y me acogí a la música, porque además de que mi tía fue una importante organista y mi madre pianista, la música es uno de los principales elementos culturales que definen la identidad”, refiere.

Luego de estudiar piano y composición en importantes escuelas como la Juilliard School en Nueva York y la Berklee College of Music en Boston, decidió que no quería ser compositor y crear música para los archiveros, por lo que prefirió enlistarse en el ejército de su país y fue enviado a Okinawa, Japón, donde debido al alto nivel escolar que poseía, incluso mayor que algunos oficiales, lo nombraron secretario personal del teniente coronel de los ingenieros de infantería de la isla.

Cuando conoció la obra de la famosa etnóloga estadounidense Margaret Mead, decidió adentrarse en la cultura ja-

ponesa, empezando por aprender el idioma, hasta que se convirtió en uno de los pocos miembros del ejército que podía sentarse en las casas de té. Más adelante surgió el interés por acercarse a la música folclórica y solicitó una beca de la milicia para viajar a México y estudiar en la UNAM, donde el compositor y director de orquesta Carlos Chávez lo asignó con el musicólogo Vicente T. Mendoza.

Poco convencido de lo que el especialista mexicano podía ofrecerle, Stanford decidió lanzarse a la investigación de campo por su cuenta y llenar el vacío que, en su opinión, existía en nuestro país en el ámbito de la música tradicional. “Antes de la década de los cincuenta nadie salía a campo. Mendoza decía que no había necesidad de ir. Él escribió sus libros con material que sus informantes le llevaban hasta su cubículo”, asegura.

Decidido a quedarse en nuestro país, Stanford se convirtió en un entusiasta y amante de la cultura mexicana, por lo que decidió recorrer la República Mexicana registrando parte de su riqueza en miles de grabaciones del acervo indígena y mestizo de música para danzas, fiestas, bodas y todo tipo de rituales en diversas comunidades, que en su opinión no han sido suficientes: “Todo el acervo que reuní y no visité ni la mitad del país. No grabé, por ejemplo, en Aridoamérica, con excepción de los tarahumaras y los yaquis”, explica.

Convencido de que la evolución no se detiene, si bien las tradiciones poseen herencias milenarias, uno de sus intereses principales ha sido el proceso del desarrollo musical, pues asegura que los grupos indígenas, desde la época de la Conquista, han asimilado las influencias de sus vecinos en una interrelación cultural que ha dado lugar a los estilos regionales.

\* Coordinación Nacional de Antropología, INAH.



“Por ejemplo, los nahuas, que hay por todo lo largo y ancho del país, no tienen un estilo musical propio. En cada región donde se encuentran tienen uno que es muy parecido al de sus vecinos, o sea que no existe un estilo nahua; si acaso permanecen algunos elementos prehispánicos, como por ejemplo el *Xochipizahua*”, expone.

Al respecto, el también estudioso del son y del corrido mexicano se declara en desacuerdo con quienes aseguran que el patrimonio musical debe permanecer intacto: “Yo digo que nada está en riesgo a menos que el grupo involucrado desaparezca. Si no se encuentra lo mismo que hace 50 años no es que se haya perdido, es porque ha cambiado, y lo que debemos estudiar es por qué se transformó y cómo fue el proceso.”

Agrega: “Los grandes pianistas, como Chopin o Liszt, no tocaban como lo imaginamos ahora. Recuerdo algo que leí cuando yo era todavía muy joven. Se titulaba *Nuestro pasado cambiante*, que decía: ‘El pasado no existe, lo que existe es nuestro pensamiento actual respecto a lo que sucedió anteriormente’. Y es cierto. Por ejemplo, no sabemos ni remotamente cómo sonaba la música de la Edad Media.”

Del gran acervo reunido en más de 300 pueblos visitados, el etnomusicólogo afirma que la música más importante y la que más le gusta es la que está trabajando en el momento, aunque reconoce que algunas músicas y danzas despertaron mayormente su admiración: “Por ejemplo, la danza de los pascolas, porque hay una precisión en la música que además es preciosa e hipnotizante: pensar que el sonido del ténabaris está perfectamente sincronizado con el arpa, la guitarra y el violín al pelo, lo que significa para el danzante que sus tobillos caigan al suelo justo un instante antes de sonar el ténabaris, lo que a mí me parece increíble verlo y escucharlo”.

Recuerda también con especial énfasis el rito chontal de los bailaviejos de Tabasco, una danza que la religión católica quiso prohibir en ese lugar, pero que la comunidad protege. “Las máscaras se colocan sobre los altares de las iglesias y los lugareños les rinden culto como si fueran santos porque el danzante representa a un dios prehispánico. Es una danza en la que se camina en sentido contrario a las manecillas del reloj frente a un altar”, describe el estudioso.

Emocionado, continúa: “Cuando yo observé esa danza, sentía una presencia, aunque no puedo explicar lo que era. Entonces le pregunté a una colega que había sido bailarina y me dijo que sin duda eran dioses quienes bailaban, caminando siempre en círculo y sus máscaras sobre sus cabezas mirando hacia el cielo –nunca las colocan en sus rostros–. Y yo seguía sintiendo algo mientras escuchaba la técnica de la flauta que imitaba el canto de pájaros. Fue increíble y yo observé y escuché durante horas esa danza y su música.”

Para apreciar esas vivencias es necesario conocer a profundidad a sus protagonistas, aclara el peregrino que dedicó su tiempo a establecer contacto y convivencia con distintos grupos indígenas para entender y “hasta tomarle el gusto” a sus músicas, que de lo contrario, dice, nos sonarían demasiado primitivas, pues la vivencia es la que le da significado a los sonidos.

En un país culturalmente tan rico y vasto como es su patria adoptiva, asegura que hay lugar para que muchos investigadores vayan a explorar. En su opinión, existe una gran cantidad de territorio que aún no está documentado con estudios a profundidad.

“No importa si diez investigadores estudian lo mismo. Estoy seguro de que todos aportarían algo distinto. Tendríamos entonces una decena de datos con diferentes puntos

de vista”, comenta. “Por ejemplo, sería muy interesante estudiar la música de los mayas yucatecos y la de los mayas maceguales o la de Los Altos de Chiapas. La de los tzotziles y tzeltales, que es una música increíble, porque es la única en el mundo, hasta donde tengo noticia, en la que afinan sus guitarras y sus arpas en afinación justa, lo cual es posible porque no cambian de tonalidad, sólo tocan dos acordes. Sin embargo, a pesar de su sencillez es una música hipnotizante. Tal vez hasta cinco o siete posiciones sobre el diapason de la guitarra que ellos mismos fabrican. Son instrumentos con una resonancia impresionante, que producen una hermosa música”, describe exaltado.

Su fascinación por estos sonidos lo ha llevado a la preparación de un álbum de dos discos que, dice, probablemente estén listos este año y que llevará por nombre *La música de Los Altos de Chiapas*, la cual, asegura, es muy llamativa y distinta, poseedora, según su parecer, de un sonido y una afinación que no existen en otro lugar del mundo.

Como parte de su andar por los diversos caminos de la etnomusicología, considera que, en el ámbito institucional, entre las tareas que deben emprenderse para el estudio y difusión de la música mexicana es la preparación formal de investigadores en las escuelas de música y conservatorios del país, a fin de que éstos contribuyan al conocimiento de este patrimonio y a que se deje de mirar con cierto desprecio, aunque admite que también ya es tiempo de darle la palabra a los propios indígenas.

“Existe un fenómeno erróneo, pues los propios herederos de estas tradiciones musicales llegan a tocar su música de manera distinta de acuerdo con su público, y a veces los informantes interpretan al gusto del investigador. Por eso yo jamás quise que conocieran mis preferencias, para no influirlos”, explica.

“También sería importante que se apoye a quienes ahora desean estudiar música tradicional mexicana, a fin de que viajen al extranjero y se familiaricen con la música étnica de otros países y tengan contacto con importantes maestros del mundo”, añade.

Thomas Stanford, ahora octogenario, donó en 2008 a la Fonoteca Nacional un importante acervo musical, memoria de los mexicanos y producto de más de medio siglo de trabajo de campo. El especialista considera que, entre muchas de las acciones necesarias y urgentes por realizar, se encuentran la digitalización y catalogación de los acervos ya existentes, para lo cual también es muy importante la capacitación de quienes trabajan con esos materiales a fin de que determinen la mejor manera de conservarlos.

